

*Excursio 2: Mariposas en la barriga (instrucciones para entrar en el Reino de los Iluminados)*¹

*Si no os hacéis como niños,
no entraréis en el Reino de los Cielos*

Jesús de Nazaret

CASTIGADO EN LA HABITACIÓN

Hoy es el primer día del año, la fiesta de año nuevo, aunque no hay señales que lo indiquen en este paraje apartado de la sierra de Madrid. Fuera hace mucho frío y quedan rastros de alguna nevada reciente, pero la habitación de literas en la que tengo mi cama está caldeada, y me han dicho que no me mueva de aquí; que no haga nada que pueda revelar que me voy a marchar. Cuando, después de desayunar, le he dicho a Pat, que es mi manager, que me iba, me ha mandado a la habitación. No le entendía bien por qué parecía preocupado cuando me explicaba que no me pueden retener aquí, aunque “ellos están para ayudarme”, y que me quede quieto en la litera sin recoger mis cosas ni hacer nada hasta que todos se hayan reunido en la sala común de meditación. Entonces los de la cocina, que ya estarán avisados, me abrirán la cancela para que pueda salir sin que nadie más se entere.

El aire misterioso que ha tomado este asunto de marcharme me ha dejado un poco perplejo, y cuando me he sentado en mi litera para esperar, he comenzado a sentir un cosquilleo en la barriga parecido al que te da cuando deajas caer por un tobogán y te entra la risa floja. Mejor dicho, no me ocurre esto porque me vaya a marchar de aquí, sino por todo lo que ha pasado desde que se lo he dicho a Pat y ahora mismo, mientras espero a que me abran la puerta sigilosamente.

Casi no me puedo aguantar la risa y se me escapan las lágrimas porque las mariposas que me cosquillean la barriga no paran quietas, pero procuro no hacer ruido porque aquí está prohibido hablar, y en la litera de abajo duerme *el elefante*. Él no se ha ido aún a la sala de meditación, y yo espero aquí castigado e incumpliendo una de las normas que firmé hace cuatro días que, entre otras cosas, me comprometían a no tomar apuntes.

El otro día me preguntó Julia, la hija de seis años de mi amiga, si de pequeño me encerraban en el cuarto oscuro. Y le respondí que no. Que siempre era bueno, y que no me encerraban. Pero después pensé que, simplemente, no había cuarto oscuro como en la película que acabábamos de ver, porque mis profesores eran de los que preferían arreglar a golpes sus diferencias con nosotros. Y aunque yo intentaba ser bueno, a veces no era capaz de interpretar bien sus órdenes o sus normas y me caía una bofetada, sin entender

¹ Para contar a niños entre 8 y 10 años.

por qué. Y entonces se abría un cuarto muy oscuro que sólo yo percibía porque estaba en mi interior. Un lugar que además se iba haciendo cada vez más estrecho, con muros tan gruesos y tan altos que me impedían pedir ayuda desde allí. Eso era lo peor de aquel cuarto interior: que no había nadie más que yo, y que cualquier afuera iba quedando más y más lejos de mi angustia.

Pero ahora ya soy mayor, aunque esté castigado en este cuarto de tres literas, con los ronquidos del *elefante* haciéndome compañía, y mis mariposas que no dejan de hacerme cosquillas. Aunque me doy cuenta de que mis lágrimas provienen también de la tristeza de aquel niño que fui, vuelve otra vez la alegría. Alegría y tristeza que vienen y van.

¿Por qué será que me acuerdo de cuando era pequeño en esta situación cómica, y me río y lloro, como lloro sin remedio cada vez que en el cine hay un niño que no puede pedir ayuda, aunque sea muy hermoso, y con unos ojos llenos de vida, como serían los míos de chaval? Supongo que es porque acabo de estar hablando con Utan-ji, que es el maestro de la India que manda aquí, y me ha dicho que conmigo no se puede hacer carrera y que, aunque él y “la organización” me quieren ayudar, yo no me dejo “porque tengo ego”.

Me lo ha dicho desde su alta tarima mientras yo estaba respetuosamente sentado en el suelo junto con el bueno de Pat que hacía de traductor. Él traducía el inglés del maestro a mi castellano, pero estaba tan apurado que cuando yo entendía y le respondía también en inglés, Pat no dejaba de traducir. Resultaba embarazoso y solemne al mismo tiempo, porque el maestro hablaba de los “grandes obstáculos para la Iluminación”, mientras a mí me daba la risa. Me daba la risa porque —ahora lo entiendo— ya no me hacía daño: hacía tiempo que el cuarto oscuro había desaparecido de mi interior. Y en su lugar se había abierto un espacio soleado donde, en momentos como éste, las mariposas revolotean y te hacen cosquillas.

Me ha pillado por sorpresa hacerme cargo, de repente, que desde el principio me están tratando en este lugar como hacían mis “superiores” cuando tenía seis o siete años cuando ellos, los maestros y los curas me daban mucho miedo, y procuraba cumplir todas sus normas. Trataba de ser muy obediente y piadoso, y lo conseguí porque acabé entre los primeros de la clase cuando, por fin aprendí a multiplicar. Me costó al menos cinco años superar la barrera que hay entre la suma y la resta, y la multiplicación; incluso me sacaron de la escuela, y estuve todo un año de criado en Juanatxone, cuidando de unos niños un poco más pequeños que yo. Juanatxone es un caserío a un paseo de diez minutos de mi casa, en el monte y, al atardecer volvía de allí e iba donde la señorita Pilar para ver si con ella lo conseguía, pero no pudo ser.

Después de aquello me llevaron otra vez a las Escuelas Públicas, esta vez con chavales mucho mayores que yo, que también me asustaban. Digo que todo esto sería porque estaba atascado en la multiplicación, pero, en realidad, nadie ha sabido explicarme qué ocurrió en aquel tiempo en que, de pronto, me vi inmerso en un mundo que no

comprendía. Quizá todo era que estaba muy asustado, y no siendo más torpe que los demás, no era capaz de aprender las reglas de la aritmética, ni las demás.

EL KOAN DE DON EMETERIO

Lo ocurrido hace un rato me trae recuerdos de aquellos tiempos. De una vez, con siete años, en que estuve con don Emeterio, y él también me hizo una pregunta, desde ese lugar en que acaba de preguntarme don Utan —el *ji* de Utan-ji es como el *don* nuestro—. Don Emeterio era el catequista encargado de los niños y los jóvenes en mi parroquia, y yo acababa de concluir mi preparación para hacer la primera comunión. No he podido olvidar su pregunta, y es por eso seguramente por lo que desde entonces me han interesado las preguntas que te dejan como me dejó a mí aquella, y que después me enteré que algunos budistas japoneses llaman “koan”. Don Emeterio me planteó el primer koan de mi vida porque su pregunta me dejó ante el vacío. No tenía absolutamente ninguna razón para contestar que “fácil”, ni para contestar que “difícil”, que eran las dos posibles respuestas que podía dar. Así que, en ese segundo eterno en que miré al abismo, decidí echar a cara o cruz, y salió cara: “fácil”, respondí. Y me equivoqué: “No, es difícil”, sentenció don Emeterio desde su altura. Y perdí mi primera ocasión de iluminarme, con aquél koan adaptado que se inventó mi primer maestro espiritual.

¡Qué caprichosa resulta la memoria que fija algunos detalles y borra todo lo demás! Me acuerdo bien, por ejemplo, del primer pecado que tuve que confesar recién estrenado el “uso de razón” para poder hacer mi primera comunión. Y recuerdo también que, aunque me equivoqué con la respuesta que me pedía don Emeterio, me dejaron comulgar. Porque, al final, creo que aquél fue un juego por libre del cura, no una prueba para aprobar el examen oficial. Don Emeterio era un cura joven que prometía, al que en seguida mandaron a estudiar a Salamanca o a Roma, para ser en adelante el encargado de catequesis de la diócesis. Para hacer la comunión, bastaba con aprenderse de memoria las cortas respuestas del catecismo y las largas y misteriosas oraciones de la misa, y eso sí que lo había conseguido. Respuestas y oraciones que he olvidado, mientras que me acuerdo del koan de don Emeterio como si fuese hoy.

“¿Es fácil o es difícil entrar en el Cielo?”, preguntó el Maestro al niño de siete años que era yo. Me dejó aturdido, sin entender de qué me estaba hablando, como me ocurría tantas veces que los mayores se dirigían a mí. Después he aprendido que una pregunta puede esconder dobles intenciones y otros misterios, pero entonces no lo sabía. El vacío se abrió a mis pies. Lo peor es que ahora sospecho que don Emeterio tampoco sabía nada de aquellos juegos de los maestros orientales; que él simplemente conocía la respuesta. ¿O acaso me equivoco, y él era realmente un maestro *zen* que quería ampliar los límites de mi conciencia de niño? ¿Qué hubiera ocurrido si la moneda hubiera salido cruz, y mi respuesta hubiera sido “difícil”? ¿No hubiera dicho entonces él: “No, es fácil”, y provocado en mí el mismo efecto de aturdimiento ante los secretos de la vida?

Nunca podré responder a estas preguntas porque hace años que murió aquel cura que no volví a ver, aunque en el pueblo me contaron no hace tanto que, antes de morir, había preguntado por mí –¡y habían pasado treinta o cuarenta años desde aquellos tiempos! Hacía mucho que había dejado atrás la catequesis, pero, a los años, he vuelto a los ejercicios de las preguntas sin respuesta, del silencio mental y la meditación budista. Y después de largos años de frustración y fallidos intentos, acababa de decirme: “¿Por qué no lo intentas otra vez?; ¿qué mejor manera de terminar el año y empezar lo que retirarte diez días entregado al «noble silencio» y la meditación?”. Y aquí he venido con mi cojín y mis mantas, dispuesto a someterme una vez más a estas disciplinas de la mente y del cuerpo.

INSTRUCCIONES PARA ENTRAR EN “EL REINO DE LOS ILUMINADOS”

Llevo cuatro días cumpliendo con mi disciplina en este campamento de verano reconvertido en monasterio budista, cuando he decidido que ya es suficiente, que no quiero continuar. Seguramente, porque hay algo de cartón-piedra en todo esto. De enseñanza de lata, de un rigor seco que se parece a aquél que me transportaba al viejo cuarto oscuro interior.

Cada día está rigurosamente planificado, los hombres dormimos, paseamos y comemos en un espacio delimitado y separado del de las mujeres. En la sala de meditación ellas están allí, y tienen su propia manager. Nosotros, el nuestro, que hacen de traductores del “maestro por poderes”, que es Utan-ji. Cuando una mujer tiene que plantear una pregunta, se dirigirá a su manager para establecer la comunicación. Los hombres al nuestro.

Como digo, el maestro es un “maestro por poderes” que se encarga de dar al *play* del aparato de audio, y al *stop*. En el disco que pone en marcha está grabada la voz del Maestro de verdad, que primero canta con una voz tan grave que a veces parece un balido, y carraspea, y dice después la instrucción en inglés que casi siempre comienzan con “start again”. Dice start again muy despacio y arrastrando mucho las vocales, y lo repite tres veces: staaaat egeeeen..., staaaat egeeeen..., staaaat egeeeen... Siempre repite las frases muy lentamente como cuando se cuenta un cuento de misterio a los niños que contienen la respiración esperando alguna revelación. La instrucción más sencilla la repite el aparato una y otra vez, aunque sea fácil de entender, porque después viene grabada la traducción, repitiendo y arrastrando las vocales del mismo modo.

Yo procuro no pensar en estas cosas, y sigo las instrucciones, pero no deja de resultarme cómico que hasta para darnos las buenas noches el aparato repita lentamente “geeeet reeeest..., geeeet reeeest..., geeeet reeeest...”; y, a continuación, la traducción: “tomaaaaad descaaaanso..., tomaaaaad descaaaanso..., tomaaaaad descaaaanso...”. Nunca me habían deseado así las buenas noches. Y entonces, el maestro por poderes, que es un anciano venido desde la India que me recuerda al viejo barbudo de la cuadrilla del abuelo de los Simpson, con sus ojeras hasta las mejillas y su gorrito de lana, repite:

“geeeeet reeeest”, y sonrío. Me cae simpático este anciano que se dedica a dar al *play* y al *stop*, y que se sienta en la tarima con su gorrito. Aunque es un poco decepcionante que sólo haga eso, y que ni siquiera cruce las piernas como nosotros al sentarse. Él las deja colgando de la alta tarima que le han preparado, y así me parecen aún más pequeñas, y le llamo para mis adentros “el enano feliz”.

Como decía, es en la noche del día 31 de diciembre cuando decido marcharme de aquí. Pero como no hay que tomar las decisiones precipitadamente, me digo: “consúltalo con la almohada y mañana verás”. Serán las dos o las tres de la madrugada cuando me despierto agobiado por el calor que hace en la habitación con apenas espacio para las tres literas, la ventana cerrada y la calefacción a tope. Salgo y me dirijo a la sala de meditación pensando que allí no hará tanto calor y que me podré acomodar con una colchoneta en el suelo.

En la sala cada uno tenemos un lugar asignado y todo está ocupado por mantas y cojines pues somos más de cien, así que me echo ante la tarima y trato de dormir. En unos minutos escucho voces de gente que charla y ríe; voces que se van acercando y que paran en seco cuando abren la puerta, encienden la luz y se dan cuenta que hay alguien echado allí. Yo me hago el dormido hasta que me tocan el hombro y, cuando abro los ojos, empiezan a decirme que cómo se me ocurre; que estoy profanando aquel lugar sagrado y que debo volver inmediatamente a mi habitación.

Me largo a dar un paseo por la arboleda de los hombres, sintiendo el aire fresco de la noche y alejándome un poco de todo esto. Vuelvo después a mi dormitorio con mis otros cinco compañeros de habitación —¡hacía mucho que no compartía literas y ronquidos con tantos hombres, a los que ni siquiera me han presentado!—. Por eso, el de debajo de mi litera es para mí *el elefante*, y a mi derecha está *la momia*, por cómo se emboza para dormir, todo de blanco y boca arriba siempre. Yo supongo que tendré también mi mote para cada uno de ellos. O quizá no, porque su silencio mental será más profundo y verdadero que el mío. Así que, después de cuatro días completos de ejercicios de concentración y “noble silencio”, me levanto y, tras las primeras sesiones antes del desayuno, voy a decirle a mi manager que me voy. Eran las nueve de la mañana cuando se lo he dicho, dispuesto a coger mis cosas y largarme.

Pat es un británico que me cae bien desde que me dijo hace dos días que no me quería “dar por el culo” después de que mandara a uno a que me sacara de la cama para llevarme de vuelta a la sala, porque el maestro iba a hacer un “checking”; o sea, que iba a dirigirnos unas palabras. Entonces entendí lo mal que quedan esas frases dichas por alguien con acento extranjero.

Cuando le digo que me voy, me ha preguntado: “¿Qué, muy duro?”. Y yo que no, que no demasiado, que ya estoy acostumbrado. Que no es por eso que me voy, sino porque no quiero seguir con esta práctica por más días. Pero, como me parecía que debía dar alguna explicación más, le he añadido que también me han influido las charlas que nos dan cada noche.

Son charlas traducidas simultáneamente en la grabación, y recitadas con voz clara y exageradamente vocalizada para que entendamos muy bien lo que se nos dice. Nos han explicado que son palabras muy importantes porque esto no es una secta, y es fundamental entender bien el “sistema científico” en que se basa la disciplina mental que nos proponen. Lo que dicen en cada charla cabe en quince minutos, pero duran hora y cuarto porque repiten y repiten, dando ejemplos muy ilustrativos e insistiendo en lo del sistema científico con mucha solemnidad. Te explican, por ejemplo, que la mente es muy engañosa porque un cabello nos parece hermoso en una bella cabellera, y un pelo asqueroso cuando cae sobre el plato de comida. Y otros ejemplos por el estilo, muy ilustrativos para abrir nuestra mente que, para el que da las charlas, es sin duda muy poco avezada. Y muy débil, como nos ha recordado Utan-ji en uno de sus “checking”. Es muy débil porque no es capaz de concentrarse en la respiración más que un par de veces. Y a mí me han entrado ganas de discutirle, pero el ambiente no parecía que estaba para eso, así que me he callado.

Cuando escucho esas charlas para simples, a mí me hacen el efecto contrario, y dejo de ser aquel niño obediente que tan bien recuerdo, y a veces discuto en mis adentros, y a veces me aburro. Pero no con el aburrimiento de un niño, que se entretiene con una mosca, sino enfadándome porque siento que me tratan como a aquel niño asustado que tanto ha tardado en recobrar la confianza. O, simplemente, porque percibo aquí demasiadas cosas muy añejas, que huelen a la humedad de los sótanos de aquellas catequesis. Soy uno más en este gran grupo de adultos que no podría distinguir si me los encontrase por la calle y me parece que, en general, esta gente debe de saber a qué ha venido aquí. Pero nos tratan como a pasmados a los que hay que explicar cómo llevar una cuchara a la boca. Y me planteo que, si es tan trabajoso conseguir entrar en el “Reino de los Iluminados” –que es así como se llama aquí el “Reino de los Cielos” de don Emeterio–, cómo es que nos repiten cada día “lo conseguireeeeeeeís..., es seguuuuuuro que lo conseguireeeeeeeís...”. Así que le he dicho a Pat que me voy, y él me ha dicho que me espere porque el maestro querrá hablar conmigo.

“WHAT’S THE PROBLEM?”

Y por fin, el maestro por poderes que da al *play* y al *stop*, me ha recibido al mediodía. Pat me ha hecho esperar fuera mientras él se colocaba en su estrado entrando por la puerta que sólo él puede usar. Después, me ha conducido a la alfombra a sus pies, y me ha soltado el esperado “What’s the problem?”. Y yo, que “there’s no problem”, que simplemente no quiero continuar con esta práctica. Y también, por no resultar tan tajante, le he contado que ya llevo muchos años en esto y que, la verdad, no me había informado sobre las normas de esta casa, aunque podría haberlo hecho, *I’m sorry*. “Pero tú has firmado el compromiso de quedarte aquí hasta el final, los diez días, y eso no se puede romper”, me ha respondido. “Pero también he firmado «no mentir», y yo no quiero mentirme ni a mí mismo ni a ustedes”; estaba preparado. “Pero, a ver, ¿con qué no estás de acuerdo?”. Y yo, que no quería discutir, le he dicho que no estaba de acuerdo con las charlas.

Él, entonces, con esa paciencia del que te quiere ayudar desde arriba: “¿Pero no estás de acuerdo en que la materia se compone de los «cinco elementos»?”. Bien empezamos, he pensado, pero, como digo, no quería discutir, y le he dicho que sí, que estoy de acuerdo. “¿Y en la negatividad que hay en ti?”, me dice, “¿hay cólera en ti?”. Y yo: “pues sí”. “¿Y codicia?”, “¿y envidia?”, y así ha seguido preguntándome por la lista que durante estos días he escuchado unas cuantas veces con esas “negatividades” enumeradas siempre en el mismo orden, como en el olvidado catecismo, y que es la lista de todo lo malo que, gracias al duro trabajo de estos días, vamos a arrancar de raíz: “cólera, envidia, miedo, ego, codicia...”.

Lo dicen siempre así, metiendo en medio ese “ego”. Y yo, aunque estoy muy receptivo, siempre me digo “¿desde cuándo el ego es algo de la misma categoría que la cólera o la codicia para ponerla en esta lista, como si se tratase de una lista de la compra donde mezclamos puerros con zapatillas?”. Pero me da la impresión de que ese pensamiento es demasiado complicado para lo que nos quieren explicar, así que lo dejo pasar, que es de lo que nos dicen que hay que hacer cuando intentas vaciar tu mente. Pero Utan-ji sigue con sus preguntas en el mismo orden, y cuando llega a “ego”, no me puedo callar, y le respondo respetuosamente que me gustaría saber a qué se refiere cuando dice ego.

Creo que sólo he formulado una respetuosa pregunta, pero entonces, el “enano feliz” se ha transformado en el “enano colérico” o, al menos, en el “enano irritado”, y me sermonea con que “¡el ego es el peor de todos, la reunión de todos esos males, y tú te atreves a discutirlo!”. Como diciendo: “estás perdido, no hay nada que hacer contigo, y encima tienes la desfachatez de cuestionar la naturaleza del peor de los males, del ego”. Después se calma un poco, y me dice: “¿no te das cuenta de que vas a echar a perder más de veinte años de dedicación a la meditación yéndote justo ahora, cuando vamos a comenzar con el trabajo agradecido, con la herramienta de Iluminación transmitida por el Buda mismo en persona?”.

Y a mí, o a mi ego, que se ve de pronto en esta extraña audiencia me da por reír para mis adentros, y le contesto, respetuosamente, que no ha sido mi intención discutir, y que me voy. Pero la cosa no ha terminado, no es tan sencillo como a mí me parece –por no decir que no tiene nada de divertido—. Está enfadado y me vuelve a sorprender: “¡Tú, que eres maestro, debes saber el terrible daño que vas a hacer a tus compañeros cuando se den cuenta de que te has ido!”. Y esto sí que me pilla realmente fuera de juego, y es justo en ese momento cuando mis mariposas han empezado a hacerme más cosquillas, justo al enterarse “del mal que va a provocar mi partida”, y de las instrucciones que han seguido: “No muevas nada, que nadie te vea hacer la maleta”, y todo lo demás que ya os he contado, y que me ha traído hasta esta litera a escribir estas notas, mientras *el elefante* echa su siesta.

El niño divertido que el enano furioso ha conseguido despertar en mí no deja de disfrutar de este momento tan cómico, esperando a que mis silenciosos compañeros de nombres desconocidos se reúnan de nuevo en la sala de meditación. Se reunirán allí para el solemne

momento en que un Maestro desde un aparato de audio les explicará los secretos para la Iluminación revelados hace dos mil quinientos años por el Buda mismo, y yo desapareceré sin que nadie me vea.

Me hace mucha gracia que quienes van a recibir semejante regalo se puedan sentir alterados por ver a alguien marcharse. Después de todo, podría ser que hubiera pasado algo en mi casa, o cualquier otra razón normal y corriente que puede haber para irse de un lugar así, sin que deba tratarse de una deserción. O es eso al menos lo que a mí se me ocurre que pensarán al ver mi cama vacía.

Pero no deja de haber algo intrigante en eso de mi “mal ejemplo”, y del “mal que voy a hacer si me ven marchar”. Quizá tiene que ver con el *play* y el *stop*, y esas charlas para simples, y este rigor ajado de convento. Es lo que se me ocurre a la espera de que los de la cocina me abran la cancela. Entonces me iré contento de aquí, aunque sin poder contar a Utan-ji ni a don Emeterio que ya no queda cuarto oscuro. Que sólo siento las cosquillas de las mariposas que revolotean en mi barriga.

Y se me ocurre también que este cosquilleo que me hace lagrimear en silencio, alegre a veces, a veces triste, tendrá algo que ver acaso con eso que llaman “iluminación”.